

Hipnosis

No quería morir sin entender qué había fallado en su ingenioso plan de renacer a una nueva existencia, disfrutando de la riqueza almacenada, y dejar atrás su miserable vida, borrando, para siempre, cualquier rastro que pudieran haber dejado sus delitos.

Lo tenía a menos de tres metros. Los continuos relámpagos alumbraban en la noche lluviosa aquellos saltones y sorprendidos ojos. La cabeza, abierta como una granada madura, había quedado enrocada, vacía de sangre, en una grieta a ras de agua, al pié del acantilado. El resto del cuerpo ondeaba como un pelele al ritmo estruendoso del oleaje. Hasta aquí todo bien. Era lo planeado para el sepulturero.

Pero ¿qué hacía él, Enric, allí en el agua, con la columna vertebral partida, inmóvil, ahogándose? De los cuatro segundos que le quedaban de vida, le sobraban tres para reconstruir las últimas cuarenta y ocho horas. No, no sólo eso, toda su vida.

La naturaleza, para compensar el error de la desigual longitud de sus piernas, le dio a Enric un rostro que generaba confianza, acompañado de una voz imantada que atraía la atención de quien le oía. Sus ojos vertían sobre su interlocutor una mirada amistosa que a voluntad se transformaba en dominante. Pero en lo más profundo de su ser anidaba una amargura, que adquirió por su cuenta a lo largo de su desdichada niñez, que se convirtió en un odio profundo a los demás.

Huérfano de padre desde siempre, odiaba el mar que se lo llevó sin conocerlo. Odiaba a los Bancos que le quitaron la casa a su viuda madre y que la obligaron a vivir esclavizada para poder salir adelante. La natural crueldad de los chicos, -pierna y media, le decían-, sumada a su pobreza, determinó que se autoexcluyera de las normales relaciones de amistad y se convirtiera en un ser solitario.

Este aislamiento no impidió que se le acercara Bartol, un chico no sobrado de luces, que le profesaba una ciega devoción, rechazado por el resto de muchachos por ser el hijo del sepulturero. Lo defendía con furia de los que se burlaban de él, no por aprecio, sino como si fuera él el ofendido.

La actitud de Bartol hacia él, su admiración ciega, le hizo descubrir su fuerza hipnótica. Comprobó que el muchacho le obedecía, no por agradecimiento, sino porque su voluntad sometía a la del chico. Bastaba con hablarle tranquilamente, confiarlo, distraerlo con el movimiento repetitivo de algún objeto, y acabar con una orden ligada o no a algún ruido:

-Bartol, -le decía-, cuando cuente tres entierra tu alpargata derecha en la arena. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!”. -Y obedecía-. A reglón seguido: -Bartol, cuando oigas una palmada, busca tu calzado. -Y lo hacía-. Y se reía de él viéndolo desconcertado buscando su esparteña. Fué su conejillo de indias en el perfeccionamiento de la técnica hipnótica.

A la muerte de su madre, se incorporó al mundo de la farándula. En pocos años, a “Sisponi”, su nombre artístico, se lo rifaban los grandes del mundo del espectáculo. Era admirado y temido por su poder mental ya fuera sobre grupos o individuos. No estaba mal pagado, pero después de veinte años de sometimiento de voluntades decidió hacer dinero rápida y fácilmente a costa de los Bancos. Les haría pagar su desgraciada infancia.

No le resultó difícil. Su prestancia abría sin dificultad los despachos de los directores. Mientras lo acompañaban al interior del Banco marcaba ligeramente su cojera de forma que el rítmico sonido de la pisada y el balanceo de su cuerpo evocaban un envolvente movimiento pendular que confiaba a sus víctimas. Los alagaba con voz ensoñadora, les decía lo que querían oír, los hacía importantes pidiendo consejo para el mejor destino de su dinero, y mientras confiados exponían las mil posibles inversiones que ofrecían sus bancos, él jugueteaba rítmicamente delante de sus ojos con una moneda de oro que se paseaba por entre los dedos de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha... Y clavaba los ojos en los de sus víctimas para arrebatarles la voluntad.

-Cuando cuente tres, recolocarás en mi cartera la mitad del dinero de la caja fuerte, y en tu maletín seis mil euros: ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

Y una vez completado el traspaso del dinero:

-Cuando cuente tres, olvidarás lo que has hecho: ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!.

Dando las gracias por la información y con la promesa de estudiar sus ofertas, se despedía del director que le acompañaba hasta la puerta. Nunca dejaba la caja vacía porque llamaría enseguida la atención, y en las órdenes evitaba el uso de palabras que hicieran sublevarse el posible subconsciente honrado del banquero. Y siempre le hacía guardar los seis mil euros al Director sin que se enterara, para desviar las primeras sospechas sobre él.

El procedimiento lo empleó una docena de veces aportándole un botín que le permitiría “retirarse”. Tenía planeado un par de golpes más, pero empezaba a ser noticia la ola de desfalcos bancarios que se estaban produciendo a lo largo del país, y tarde o temprano algún investigador sagaz daría con la coincidencia de su presencia en los lugares del delito, y no quiso correr riesgos.

Puso en marcha el plan que había ido trazando en las frecuentes visitas hechas a su pueblo. Con sobornos y su habilidad manipuladora de voluntades, había dejado a punto toda la parafernalia (certificados, recordatorios, notas necrológicas, fotografías...) necesaria para cuando decidiera “morirse”. En estas idas y venidas siempre visitaba a “su amigo” Bartol, pieza indispensable en su plan, que, siguiendo la tradición familiar, era el actual sepulturero y encargado de la funeraria.

Montar su entierro, con esta previsión, resultaría sencillo. La parte más arriesgada era la inhumación, el encierro en el nicho, porque no podría supervisarla (él se auto hipnotizaría profundamente, imitando la muerte, hasta sentir a media noche la alarma programada de su Rolex que le sacaría de su estado de pseudo-defunción) y dependía de la colaboración de Bartol. El ataúd, de madera, estaba trucado: la parte de los pies era abatible; la levantaría empujando con los pies y se deslizaría hasta la pared, y patearía los ladrillos de primer cierre del nicho que el sepulturero dejaría prácticamente sueltos. Una vez fuera tapiaría definitivamente el nicho colocando la lápida. La oscura y desapacible noche, lluviosa y tormentosa, evitaría posibles testigos de vista y absorbería los ruidos de la maniobra. Sería perfecto. Genial.

Había invitado a comer al “funerario” que estaba exultante (¡comer con su amigo!) –No necesitaría ni hipnotizarlo, -pensó Enric-. Aún le tenía la admiración sumisa de la niñez. Le dijo:

-¿Te gustaría marchar de este pueblo y ser mi ayudante?

-¡Sííí!¿Cuándo nos vamos? –contestó de inmediato.

-Mañana por la noche. Pero primero tienes que ayudarme. -Le contó el plan (no importaba que lo supiese porque no tendría oportunidad de contarlo a nadie). Se aseguró de dejarlo en estado hipnótico, por si acaso, jugueteando con la moneda de oro, ante sus ojos, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de izquierda a...:

- ¡Escúchame bien! Después de los servicios funerarios, cuando suenen las campanadas de las once de la noche, irás a esperarme a la parte de atrás del nicho fuera del cementerio (caería sin remedio por el acantilado –sonrió perversamente-). Una vez que yo salga después de patear los ladrillos que tú me habrás dejado preparados, como ya te he dicho, para que caigan con facilidad, taparemos nuevamente el nicho y nos marcharemos juntos –le mintió-.

Ninguno de los escasos asistentes al entierro en aquella oscura tarde de diluvio y ruidoso aparato eléctrico se fijó en que, en contra de la costumbre, el féretro se introdujo con la parte de los pies orientado al fondo del nicho.

El sepulturero, en su lógica no prevista por el hipnotizador, había argumentado: -Si le tengo que esperar por la parte de atrás del Cementerio es que querrá salir por la parte de atrás del nicho-. En su momento, desde dentro, rompió la pared del fondo del nicho, y lo dejó a punto para la patada.

Un nuevo relámpago iluminó el blanco cementerio, que a veinte metros de altura, se alineaba con la verticalidad del acantilado, mostrando en su pared un agujero, por donde acababa de salir del nicho, sin encontrar apoyo para los pies, un muerto vivo que estaba a punto de morir definitivamente.

Enric, agotados los tres segundos que le sobraron, ¡Uno!¡Dos!¡Tres!, dejó de hipnotizar para siempre.